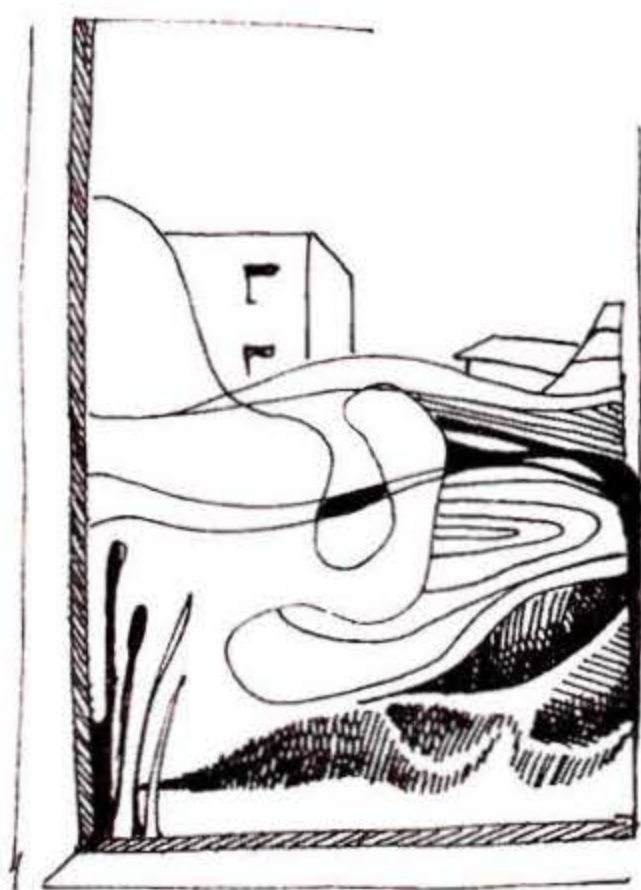


territorio nacional profundizando sus conocimientos lingüísticos y etnológicos, observaciones y reflexiones que se encuentran en su libro *Viaje al Meta*. En 1868, tras una breve incursión en la política como director nacional de instrucción pública, durante los cortos días de dictadura de Tomás Cipriano de Mosquera (29 de abril de 1867 a 23 de mayo del mismo año), Uricoechea viajó —decepcionado con su patria y frustrado por haber tratado de hacer ciencia en un país siempre convulsionado por la guerra y la violencia— nuevamente a Europa, en donde trabajó en diferentes empresas no siempre rentables y que lo alejaron parcialmente de sus intereses científicos, que se concretaron en cuatro diccionarios de lenguas indígenas (chibcha, paez y guajiro), que en la actualidad son referencia importante para los estudios lingüísticos, y *Bibliografía colombiana* (1874). Se hizo profesor de árabe en la Universidad Libre de Bruselas, cátedra que regentó hasta su muerte, el 21 de julio de 1880, en Beirut. Se echan de menos, en el trabajo de Celso Román, aspectos personales de la vida de su biografiado, pero de todas formas es un importante aporte al conocimiento de un gran colombiano y proporciona valiosos elementos para la historia de la ciencia nacional.



Sea, pues, bienvenida esta colección de Colciencias y Editorial Panamericana, pues sin lugar a dudas

contribuye al conocimiento de nuestra a veces vilipendiada y maltrecha nacionalidad. No dejamos de señalar que, si bien la colección está dirigida a los niños y jóvenes, los padres y el público en general pueden encontrar en ella una lectura agradable e instructiva.

JOSE EDUARDO RUEDA
ENCISO

La cámara como detective

Foto Reporter. Carlos Rodríguez

Ricardo Aricapa Ardila

Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Universidad de Antioquia, Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, 1999, 178 págs., il.

En 1991 el Área Cultural del Banco de la República en Medellín presentó la exposición *Carlos Rodríguez, reportero gráfico*, acompañada de un catálogo ilustrado con una selección de la obra del fotógrafo, y un texto de Hernán Gil Pantoja. En esta publicación se traza una breve reseña biográfica de Rodríguez (Yarumal [Antioquia], 1913), quien puntualizó sobre su trabajo: "...No puedo decir que fui o que soy fotógrafo, fui un reportero gráfico [...] reportero gráfico y no fotógrafo de prensa... son dos cosas distintas". Retomar esta precisión es pertinente porque, una vez observada a la luz de la historia de la fotografía nacional y regional esta nueva selección, queda claro que el principal valor del archivo de *Foto Reporter*, nombre comercial que empleó Rodríguez durante muchos años, es fundamentalmente de carácter documental, antes que "estético" o "artístico", preocupaciones que no formaron parte de los intereses del autor, a diferencia, por ejemplo, de Melitón Rodríguez. Este valor documental se ha acrecentado con el paso del tiempo, dadas la transformación de la

ciudad de Medellín, la desaparición de los retratados y el olvido de noticias importantes o triviales que captó con el afán del día a día.

El libro del periodista Aricapa presenta una reseña de la vida poco común del fotógrafo, enmarcada en el contexto social que le tocó en suerte. El texto es ameno e identifica los momentos más importantes de su trayectoria, aunque carece por completo de referencias documentales y está salpicado de esa molesta informalidad en el lenguaje que ha hecho carrera entre ciertos comunicadores sociales. En la diagramación, que incurre en ocasiones en silueteados de mal gusto, no se le da la importancia debida a una imágenes que por derecho propio la tienen, y se encuentran fotos innecesarias por triviales o intrascendentes.

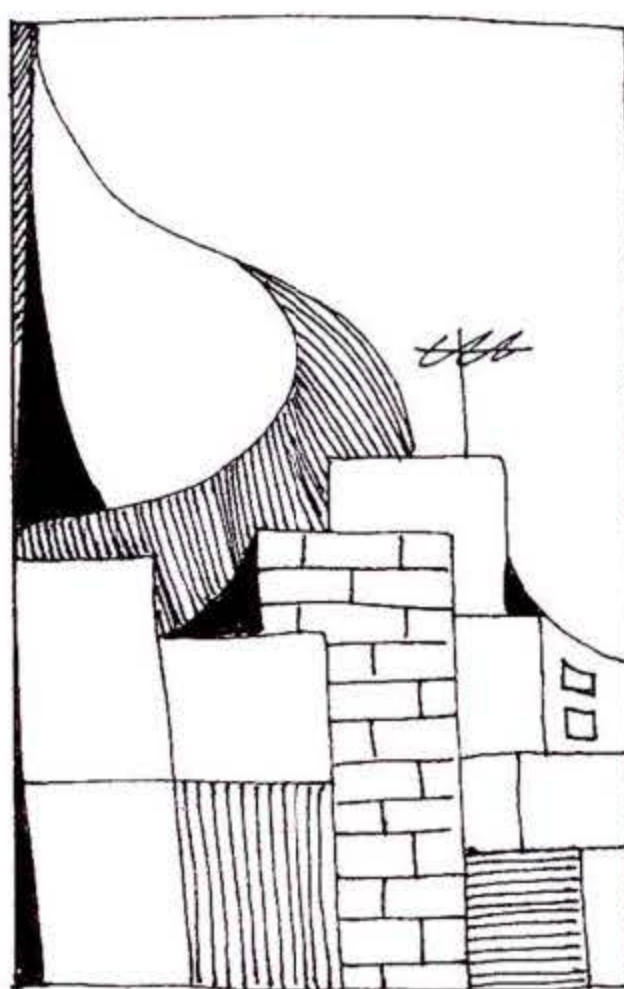
A pesar de que se reitera que Rodríguez trabajó durante el período 1940-1980, la casi totalidad de las imágenes incluidas datan de las décadas de 1940 y 1950, por lo que se trata de una selección que deja un vacío de dos decenios. Acaso ello se debe, en parte, a que el fotógrafo arrojó al río el paquete de negativos que falló en adquirir el departamento de Antioquia por falta de fondos, pese a lo dispuesto en un acuerdo del concejo de 1975, y a que el periódico *El Colombiano*, por su parte, le compró diez mil fotos, en cuya inclusión en esta publicación hubiera podido pensarse. Sin duda una selección más rigurosa, una más amplia cobertura cronológica y la necesaria elaboración respecto al lugar que ocupa esta obra en la historia de la fotografía antioqueña habrían contribuido a que el contenido de la publicación estuviera más acorde con la excelente calidad editorial que ofrece.

De las fotos que se han publicado de Carlos Rodríguez no son muchas las memorables pero son numerosas las de interés documental. Entre las primeras, donde se reúne con fortuna la oportunidad periodística, la calidad estética y el poder de comunicación, cabe mencionar, por ejemplo, *Carlos Rodríguez, Alfonso Robledo, Mery González y Tartarín Moreira* (1943), que es un excelente

retrato de un paseo a Puerto Berrío con un grupo de sus amigos; *La plaza de Zea* (1945) puede ser vista hoy como un símbolo de la ciudad de entonces: ante la estatua de mármol del prócer Francisco Antonio Zea se ha detenido un carro tirado por un asno, mientras en la calle del fondo está parqueado un automóvil con problemas en el motor; *Jorge Obando fotografiando la manifestación por la llegada de Laureano Gómez* (1947) muestra al rey de la fotografía en Medellín, entronizado en un andamio entre la multitud; *Escombros del 9 de abril de 1948*, presenta a tres bomberos en torno a una imagen religiosa, milagrosamente ilesa en medio de los restos del vandalismo popular; *María Félix en Medellín* (1955) retrata, más que a la hermosa diva mientras enciende un cigarrillo, al acoso de sus admiradores. Fotos como *El "caimán" Sánchez* (1955), que capta una espectacular atrapada del célebre futbolista, y *José Beyaert, ganador de la Vuelta a Colombia* (s.f.), en la que se aprecia al atónito campeón, condensan bien el trabajo pionero que desarrolló Rodríguez como reportero deportivo. *Camilo Torres se solidariza con una huelga* (1965) resume una época de agitación social al mostrar al sacerdote rebelde tras una malla, bajo el cartel "Estamos presos con el padre Camilo".

Entre las muchas fotografías de interés documental que se encuentran en un fondo de más de 300.000 placas, conservado hoy en el Archivo de Memoria Visual de la Gobernación de Antioquia, se cuentan diversas panorámicas de la ciudad, vistas de sus edificios y sus gentes, manifestaciones populares, oficios, medios de transporte, construcciones en curso o terminadas, retratos de personajes locales, artistas, políticos, visitantes ilustres, matrimonios, estragos de la naturaleza, bandas pueblerinas, iglesias, candidatas a reinados, exposiciones artísticas e industriales, transeúntes, almacenes pujantes, desfiles de moda. Todas ellas conforman un fresco variopinto del espíritu y los ideales de los antioqueños de mediados del siglo

XX. Allí se pueden leer las formas externas de la pobreza y la riqueza, del progreso y el atraso, la expresión visual de los ideales de belleza y la materialización de la llegada de la modernidad urbana. Rodríguez formó parte del detectivismo entre 1941 y 1949 como fotógrafo. Sin embargo, por una razón desconocida, el libro no ofrece suficientes ejemplos de su trabajo en este campo, en el que ya había incursionado dos decenios antes, como fotógrafo judicial, Benjamín de la Calle.



A diferencia de sus colegas más prestigiosos, fue autodidacto raso después de aprender carpintería y música y de trabajar en periódicos medellinenses. Y a ello se debe acaso el evidente desinterés por el encuadre cuidadoso y por la composición. Una vez que ingresó a *El Herald* de Antioquia, fue prácticamente lanzado a la calle con una cámara: "Tome lo que vea de algún interés o fuera de lo común —le dijo el director—. Allí es donde tiene que llegar: a distinguir qué es y qué no es noticia. Y no se deje decir fotógrafo, que usted es un reportero gráfico" (pág. 13). Desde entonces, Carlos Rodríguez prefirió trabajar en la calle antes que en el estudio, y supo inventar una veta propia: encontró e hizo visible la noticia. Como detective que fue, buscó, persiguió y capturó fragmentos de la realidad

para volverlos acontecimientos públicos y evidencia incontrovertible, alimentando con ellos y por cuenta propia, como reportero gráfico independiente, numerosos medios impresos. El resultado de sus capturas conforma hoy un amplio mosaico de la sociedad antioqueña, y con sus logros y debilidades se suma al rico y sorprendente acervo fotográfico con que cuenta Antioquia.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Comentando imágenes

Bogotá a través de las imágenes y las palabras

Alberto Saldarriaga Roa, Ricardo Rivadeneira Velásquez, Samuel Jaramillo

Observatorio de Cultura Urbana, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998, 249 págs., il.

En este libro se busca presentar y comentar la historia iconográfica de Bogotá desde su fundación hasta 1950. Para desarrollar este objetivo, el texto está dividido en dos estudios independientes: el primero, elaborado por el arquitecto Alberto Saldarriaga, se ocupa de la memoria visual de Bogotá, y el segundo, escrito por Samuel Jaramillo, establece un contraste entre los discursos sobre la ciudad capital en la década de 1930 y en la de 1990. Teniendo en cuenta que los dos estudios son independientes, es necesario hacer un comentario separado de cada uno de ellos.

El estudio de A. Saldarriaga pretende comentar en forma panorámica la iconografía más representativa existente sobre Bogotá desde el momento de su fundación hasta mediados del siglo XX. Antes de efectuar el comentario sobre las imágenes visuales, el autor hace una interesante reflexión teórica sobre el significado, la importancia y la función de las imágenes urbanas como